

CENTRAL CONNECTICUT STATE UNIVERSITY

# Intersecciones de lo Público y lo Privado en la Colombia del Siglo XIX: Manuela de Díaz Castro

---

Preparado para presentar en el Congreso 2011 de la Asociación de Colombianistas, Bucaramanga,  
Colombia, del 3 al 5 de agosto de 2011

**Gustavo Mejia**

**6/23/2011**

## **Introducción**

Cualquier estudio sobre la *Manuela* (1858) de Eugenio Díaz Castro debe empezar por las condiciones sociopolíticas reinantes en Colombia al momento de la composición del texto. No solamente porque la trama menciona directamente acontecimientos históricos prácticamente contemporáneos, sino principalmente porque la novela se propone representar la complejidad de dicha realidad histórica. El segundo paso que es indispensable antes de adentrarse en el texto mismo, consiste en revisar los instrumentos técnicos, ideológicos y estéticos que el autor tenía a su disposición, es decir, la problemática literaria contemporánea, para poder comprender los enlaces de dicha representación con la ideología que da forma al relato. Finalmente, el análisis cuidadoso de la construcción de los personajes, situaciones e interacciones dentro del texto nos permite comprender de qué manera la representación de la realidad social y política que el autor presenta encaja dentro de esa misma realidad bien para intentar afectarla, o bien para afectar la comprensión histórica de la realidad en ella representada, pues no hay que olvidar que el texto literario, dirigido ante todo a sus contemporáneos, entra inmediatamente a formar parte del contexto histórico que en él se representa.

Sin embargo, en atención a las limitaciones de tiempo y espacio necesariamente impuestas por el congreso, esta presentación se concentra en la discusión de la problemática literaria del medio siglo XIX, a efectos de explicar esos medios literarios afectan la representación de lo privado y lo público y, por tanto, la naturaleza de la representación literaria de la realidad en esta novela.

### **La problemática literaria del medio siglo**

En otra parte (Mejía) he sostenido que la sociedad latinoamericana se embarca en un proceso de autodefinición en los años inmediatamente posteriores a la independencia con el propósito de consolidar, en la cultura, el rompimiento político-militar con España, por una parte, mientras por otra parte intenta afirmar su vinculación con Europa, vinculación que fue una de las principales causas económicas de la independencia. En otro sentido, aquel intento auto-definitorio exigía al estamento criollo, agente principal del proceso independentista,

encontrar una vinculación con el elemento “americano” de la sociedad, es decir, indígenas y mestizos, principalmente, y, en cierto sentido, también los esclavos, a fin de salvar la relación antagónica detectada por Bolívar. En efecto, esta búsqueda de una doble identificación criolla con Europa y con la América indígena empieza, tal vez, con la comprobación bolivariana de que los criollos, “Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer contra la oposición de los invasores” (“Discurso de Angostura” 104), y por lo tanto, el papel de la cultura en el proceso de fundación de las nuevas naciones criollas tiene que pasar por encontrar lazos que justifiquen la dominación criolla sobre los naturales.

En los años inmediatamente posteriores a la independencia se desarrolla, por tanto, una literatura que explora la relación criolla con los pueblos y territorios americanos, tal como se ve, por ejemplo, quizás de forma más *naïve*, en la oda a Bolívar (1826) de Olmedo, pero también en las silvas (1823-1826) de Andrés Bello, donde el entronque se encuentra en una determinada visión de la naturaleza. Ya para el medio siglo, sin embargo, quizás como resultado de una determinada adaptación romántica del concepto hegeliano de “espíritu del pueblo”, la literatura ha encontrado conceptos y medios que le permiten una exploración de la sociedad en términos más complejos, y hasta cierto punto menos dependientes de representaciones simbólicas y más enfocados en la disección de la determinada realidad que constituye el medio social que quieren describir.

En efecto, dos conceptos derivados de la filosofía de la historia hegeliana pueden servir de base para la formulación de los instrumentos disponibles para la representación literaria de la realidad a mediados del siglo XIX. El primero de ellos es la relación entre el individuo y el espíritu del pueblo, y el segundo es la determinación de los elementos constitutivos de dicho espíritu nacional. Por una parte, en sus *Lecciones sobre filosofía de la historia*, Hegel dice que “el espíritu es esencialmente individuo; pero en el elemento de la historia universal no tenemos que habérsela con un individuo particular, ni con la limitación y referencia a la individualidad particular. El espíritu, en la historia, es un individuo de naturaleza universal, pero a la vez determinada, esto es, un pueblo en general” y a continuación agrega:

El individuo *existe* en esta sustancia. Esta sustancia universal no es lo terrenal [...] Ningún individuo puede trascender de esta sustancia; puede, sí, distinguirse de otros individuos, pero no del espíritu del pueblo. Puede tener un ingenio más rico que muchos otros hombre, pero no puede superar el espíritu del pueblo. [...] Las individualidades, por lo tanto, desaparecen para nosotros y son para nosotros las que vierten en la realidad lo que el espíritu del pueblo quiere (44).

y, por otra parte, en la *Propedéutica* de 1808/1809, “define la vida interna del espíritu de un pueblo como formada por costumbres, leyes y constitución” (Ferrater Mora 1014).

De estas dos proposiciones se puede decir que forman la base de las preocupaciones literarias que a través del romanticismo se han hecho vigentes ya en 1850 para un escritor como Eugenio Díaz Castro. De una parte, la literatura “descubre” el concepto de *tipicidad* del personaje individual, que viene a ser el representante del espíritu del pueblo, o dicho de otra manera, la encarnación de un determinado estado del espíritu nacional y por ende del espíritu universal. El personaje, por lo tanto, pese a tener una determinada individualidad, no está visto como un ser en sí mismo, sino como una encarnación de esa colectividad que es el pueblo. Por otra parte, dada la relevante posición de la *costumbre* en la constitución del espíritu del pueblo, su estudio se presenta como una privilegiada vía de acceso a él. Domingo Faustino Sarmiento en 1845 define con toda claridad la problemática en cuestión cuando dice, para concluir el capítulo II de *Facundo*, y después de analizar cuidadosamente los tipos humanos de la pampa —el rastreador, el baqueano, el gaucho malo, el cantor:

Aun podría añadir a estos tipos originales, muchos otros igualmente curiosos, igualmente locales, si tuviesen, como los anteriores, la peculiaridad de revelar las costumbres nacionales, sin lo cual es imposible comprender nuestros personajes políticos, ni el carácter primordial y americano de la sangrienta lucha que despedaza a la República Argentina (46).

Son, pues, estos dos los instrumentos técnicos y estéticos más relevantes que constituyen el arsenal literario en el momento en que Díaz Castro escribe, y ambos dirigen su mirada hacia una cierta individualidad representativa (el personaje típico) y hacia una determinada manifestación de la actividad social (la costumbre). Estos instrumentos le permiten al escritor la posibilidad de fijar su atención en una realidad social amplia, que incluye diferentes sectores sociales. Contradictoriamente, sin embargo, lo obligan a encontrar en la realidad social valores individuales que representen una determinada manifestación del espíritu colectivo. El individuo, pues, no es simplemente un individuo, sino ante todo una determinación representativa, hecho que tiende a cargar el producto literario con un claro contenido alegórico, y que marca la limitación estética de este tipo de realismo artístico, ya que antes que intentar explicar las manifestaciones individuales a partir de sus causas —ya sean sociales, psicológicas o de

cualquier otro tipo— se concentra en la descripción de la *costumbre* y del *tipo*, para descubrir en ellos el espíritu colectivo que es, al final de cuentas, lo que le interesa.

De ahí que en la narrativa costumbrista la trama cumpla un papel secundario, pues el principal interés artístico se enfoca en la descripción de tipos y costumbres. Para empezar, la acción que atraviesa la novela de principio a fin suele ser tenue y estar supeditada a las acciones parciales que constituyen el contenido de cada capítulo, frecuentemente sin rebasarlo y sin producir verdaderas consecuencias en lo que respecta a la narración central.

Y esta última observación nos trae a una de las más relevantes consecuencias de la problemática literaria de la época y que consiste en el esencial papel de organizador, informador, e intérprete que asume el narrador-autor en la literatura costumbrista. En efecto, en tanto que la mirada del narrador tiene que ver a través de lo concreto para encontrar en ello la manifestación de un espíritu colectivo, el narrador se coloca siempre en un plano superior a los personajes y hechos narrados. En tanto que lo que 'realmente interesa' —es decir, la relación de hechos y personas determinadas con un determinado estadio del espíritu nacional— no es necesariamente visible a los ojos de un lector común, pero sí lo es a la mirada más penetrante del narrador-autor, este se encuentra en la necesidad de evidenciar dicha conexión y para ello es esencial que establezca conexiones, marque contrastes, y por encima de todo, pase juicios de carácter ético o moral sobre las formas, costumbres y personas en las que lo universal se manifiesta. El narrador-autor es por lo tanto el sol del relato y alrededor suyo giran todos los demás planetas del sistema. Su voz y su mirada lo dominan todo, pese a su capacidad de reproducir las determinadas voces de sus personajes o los coloridos trajes que llevan o las formas que adquieren sus costumbres. Pero dado que su misión es mostrar lo concreto como manifestación de lo abstracto, se ve en constante obligación de ponerlo todo en su sitio para que su lector también lo vea así: el habla del campesino, que el narrador reproduce con exactitud, está marcada con el signo de la inferioridad y por lo tanto la aparente *polifonía* de la novela costumbrista se reduce, en última instancia, mediante un insalvable escalón lingüístico, a un monólogo en el que siempre triunfa el habla del autor. Y así cualquier manifestación de la belleza, el arte, la moral, la religión, están vistas con el filtro que el narrador interpone para que los lectores podamos verlas en tanto que imperfectas manifestaciones de la evolución del espíritu colectivo.

### **Lo público y lo privado en *Manuela***

El estudio de la construcción de personajes, situaciones e interacciones nos demuestra que esta novela no solamente aspira a representar la sociedad contemporánea, sino que su propósito es también

el de afectar la comprensión de dicha realidad por parte de sus coetáneos lectores. El primer objetivo exige del narrador una visión capaz de representar la vida laboral, social, política y afectiva de sus personajes con un grado tal de realismo que permita a los lectores aceptar la representación literaria como una efectiva representación de la realidad que ellos conocen. Es fundamental para conseguir este objetivo que la representación leída se corresponda con la experiencia del lector o que, al menos, el lector pueda aceptarla como probable o, al menos, como posible. De otra parte, la segunda propuesta requiere del narrador la capacidad de ofrecerle al lector una representación que proponga una explicación del mundo narrado, es decir, una explicación que le dé sentido a la vida de los personajes y a sus acciones, y que estas, a su vez, sirvan para explicar y dar sentido a situaciones que el lector experimenta en la vida real.

La primera comprobación inevitable al leer la *Manuela* es el alto número de personajes femeninos que aparecen en sus páginas. Esta comprobación resulta más interesante cuando tenemos en cuenta que en la sociedad colombiana de mediados del siglo XIX las mujeres carecían de prácticamente todos los derechos civiles y políticos. Puede decirse sin exagerar que no hay nada en las reformas sociales, educativas o políticas introducidas por la república liberal que afecte positivamente los derechos de las mujeres, pese a que durante la época se hablaba de otorgarles derechos políticos y, según Magdala Velásquez Toro, en 1853 se llegó a dar a la mujer el derecho al voto en la provincia de Vélez, si bien sólo durante un corto tiempo (175). Sin embargo, las reformas económicas que liberalizan la producción agraria van a tener un efecto indirecto sobre la vida de la mujer del campo, particularmente en lo que se refiere a su situación laboral. Efectivamente, algunas de las preguntas que la *Manuela* de Díaz Castro quiere responder se refieren, precisamente, a la manera como dichas condiciones laborales han cambiado en la sociedad rural colombiana en el medio siglo, al grado de profundización social de dichos cambios y, finalmente, a las consecuencias que esas transformaciones han traído para la vida de la mujer campesina. Mientras las dos primeras preguntas dirigen la visión realista del narrador, la última guía su visión organizativa, interpretativa y, en última instancia, moral.

El estudio de la presentación de la mujer en la novela nos permite una vía de acceso a los mecanismos significativos de la obra. Para ilustrar: ya en los primeros capítulos el narrador nos presenta una conversación entre Juanita y Clotilde, las hijas de dos hacendados propietarios de los dos trapiches más importantes de la parroquia, sobre la condición de la mujer. En este diálogo, es Clotilde, la hija del hacendado conservador, y no Juanita, la hija de un “liberalón de siete suelas”, quien revela los mecanismos del machismo de la sociedad y las múltiples maneras que los hombres encuentran para

hacer manifiesta su superioridad sobre las mujeres. Paradójicamente, es ella quien rechaza la idea de que las mujeres adquieran sus derechos políticos. He aquí el texto relevante del pasaje en cuestión:

*[Clotilde, conservadora:]*

— ¿Y cómo es eso? Juanita, preguntaba Clotilde a su amiga.

*[Juanita, liberal:]*

— Pues que hay una escuela que quiere que hagamos nuestro 20 de julio, y nos presentemos al mundo con nuestro gorro colorado, revestidas de nuestras garantías políticas. [...] Desean que votemos, que seamos nombradas jurados y representantes y todo eso.

—¿Y para qué?

—Para elevarnos a nuestra dignidad, dicen.

—Con que respetaran nuestras garantías de mujeres, con que hubiera como en los Estados Unidos, una policía severa a favor de las jóvenes...

—¡Cómo, niña!

—¡Pues no ves que porque nos ven débiles y vergonzosas, y colocadas en posiciones difíciles nos tratan poco más o menos y ahora, ¡a las pobres! ... eso da lástima. ¿Hay infamias por las que no hagan pasar a estas desdichadas arrendatarias, nada más que por ser mujeres pobres?... Por eso te digo, Juanita, que con que nos trataran con la dignidad debida a nuestro sexo, aunque no nos invistieran de los derechos políticos, no le hacía. ¿No has reparado cómo nos trata don Diego? ¿Y hasta el beato de don Eloy?

—No... lo que me parece es que son muy tratables.

—¡Eso de dar tanto la mano, y apretársela a una tanto y sobársela!...

—Eso ¿qué tiene?

—Que acabando de apearse de su mula, corren el riesgo de haber enderezado la silla y cogido el sudadero con la mano.

—¿Pues no hay más que pedir permiso y correr a bañarse una de pronto cuando le dan la mano?

—Y que tienen también el resabio de saludar a las chicas con uno o dos años de descuento en su propia edad.

—¿Cómo, Clotilde?

—Con palmaditas o cariñitos, como a las chicas.

—¿Y sin nos gusta?

—¿Y si nos gusta?... ¿Y ahora sus equívocos y sus chancitas, que le hacen salir a uno los colores a la cara?

—Eso es porque son jocosos, nada más.

—Eso es porque no respetan ellos nuestras garantías de pudor, que son la base de nuestra soberanía; y luego nos halagan con la esperanza de hacernos *juradas*... Ahí está la pobre Pía tan graciosa y tan joven, condenada a la degradación por causa del dueño de tierras, forzándola a asistir al trabajo del trapiche, entre una peonada corrompida, sin reglamentos ni inspección de ningún género. ¡Pobre Pía! cuando solía venir a trabajar en este trapiche, yo la cuidaba y la aconsejaba hasta donde podía.

—¡Pero si te digo que en esta materia todo el mundo es Popayán!

—Pero en algunos se hace más notable, porque siempre están hablando de libertad, y de fraternidad, y de protección a las clases desvalidas (48-49).

El pasaje es revelador porque nos muestra con gran claridad la mecánica constructiva del discurso. Mientras que Juanita introduce la discusión sobre las ideas socialistas acerca de los derechos de la mujer, una vez hecho el planteamiento político, ella se muestra incapaz de ver, en los hechos concretos, aquello que afecta, en la esfera privada, a las mujeres y las coloca en situación de desigualdad. En cambio, Clotilde, que no comparte las ideas socialistas, es capaz de ver en el comportamiento privado de los hombres con las mujeres los mecanismos de la dominación, pero además es capaz de ver el efecto que dicha dominación tiene sobre las mujeres pobres, manifestando no solamente la comprensión del problema a nivel privado, sino también público. Sin embargo, pese a poder expresar el problema de manera tan compleja, para Clotilde, la solución no se debe dar en la esfera pública mediante la adquisición de mayores derechos por parte de las mujeres, sino en la esfera privada, mediante las garantías de respeto al pudor de la mujer. Por esta razón ella puede cerrar la discusión manifestando la inferioridad de quienes hablan de libertad y fraternidad y de proteger a las clases pobres, pero ejercen la misma dominación, actuando de forma claramente hipócrita.

Este contrapunto, este contraste de ideas liberales y conservadoras, en el cual las ideas socialistas y sus defensores aparecen representados como hipócritas es constante en la obra. Evidentemente, la distancia que va de las manifestaciones públicas de don Cosme acerca de las relaciones entre clases sociales a sus prácticas privadas es lo que constituye el mensaje moral de la novela, y es precisamente en este contrapunto, en esta desarticulación entre las esferas pública y privada, o por decirlo de otro modo, entre el discurso y la acción, donde podemos percibir el papel



organizador del narrador, quien, revelando la contradicción, pasa su juicio moral sobre los personajes que representan ideas liberales y descubre el verdadero espíritu nacional. Este espíritu nacional es el grado de conciencia sobre la libertad, y aparece claramente encarnado en el discurso conservador, caso tras caso, y el lector puede revisar ejemplo tras ejemplo a lo largo de la novela, algo que nos abstendremos de hacer por falta de espacio.

De manera semejante, es en la contraposición entre la narración que se centra en La Parroquia y la que transcurre en las dos salidas que el narrador hace, una hacia Ambalema y otra hacia la sabana de Bogotá, donde el narrador-autor nos presenta su visión de la profundidad de los cambios sociales y las consecuencias que traen para la mujer campesina. La primera de estas salidas, en el capítulo 12, nos lleva al latifundio sabanero de La Esmeralda. Esta hacienda es propiedad de Alfonso Jiménez, padre de Celia, la prometida de Demóstenes, un hacendado conservador que pese a evitar cualquier contacto con la política, resultó siendo “expropiado” de setenta reses, diez caballos y dos arrendatarios (como si estos fuesen propiedad suya) por la revolución de Melo.

La hacienda está descrita como un verdadero paraíso, cuya perfección contrasta, de una parte, con la situación laboral reinante en los trapiches de La Parroquia, no importa quién sea su propietario. En varias oportunidades el narrador-autor describe con minucia la situación de explotación a la que se encuentran sometidas las mujeres que laboran en los trapiches, donde se ven sometidas a los abusos sexuales y laborales de capataces y peones, cuando no de los mismos propietarios. Por el contrario, en La Esmeralda, las dos mujeres que el narrador selecciona para describir en detalle, una mujer blanca y otra indígena, trabajan felices, riéndose, y a la hora de comer, reciben la comida apetitosa y saludable “en un amable círculo” de convivencia.

La segunda salida de La Parroquia traslada la acción a Ambalema, uno de los grandes centros de producción de tabaco, y donde las reformas liberales habían causado una explosión productiva al liberar el cultivo de este producto. En esta visita también, el narrador-autor nos presenta cuidadosamente las condiciones laborales de las mujeres en las fábricas de cigarros:

entraron al caney de la Compañía de aliños, en donde alisaban tabaco en un corredor solado con neme ciento cincuenta mujeres; pesaban y enmanojababan ciento veinticinco, apartaban clases, enlistonaban y levantaban prensas más de doscientos hombres. Manuela se quedó asombrada de la actividad de la gente, en especial de las mujeres, que movían las manos con la ligereza con que las tominejas mueven las alas, y que dejaban el puesto con repugnancia cuando

era la hora, con tal de ganar seis u ocho pesos en la semana, si que las arrendase ni el hambre, ni la sed, ni el calor, ni la fatiga [...]

Los empleados se paseaban por los corredores de sesenta varas de largo, y Manuela preguntó a su paisana cuál era el amo de su trabajo.

—¿Amo? exclamó Matea —haciendo sonar uno de su cachetes con un puño que se dio—.

¿Amo? De eso no se usa por aquí.

—¿Cuál es el que las sacude con la zurriaga, pues?

—Esta es la zurriaga que gobierna todas las cosas —dijo Matea, mostrándole tres o cuatro [pesos] fuertes (273-274).

evidentemente, la explosión productiva del tabaco se produce acompañada de una verdadera revolución en las condiciones de trabajo, ya que nos encontramos aquí con la descripción de una verdadera organización capitalistas donde las mujeres han pasado de la servidumbre al proletariado. El efecto que esta transformación tiene en el carácter de las mujeres, en su nivel de autoestima y en su conciencia de clase es notado también cuidadosamente por el narrador-autor. En palabras de Matea:

gano todos los días mi peso en el trabajo de los aliños del tabaco, como a mi gusto, me baño dos veces al día, a las nueve y a la oración; bailo todos los domingos y una que otra vez en medio de la semana. No dependo de nadie, porque para eso tengo plata; conmigo no se mete la justicia, y teniendo gratos a los empleados de la casa, no hay quien oprima mi voluntad ni me haga sufrir (262-263).

Pero por otra parte, y esto también lo hace notar el narrador, el resultado de esta nueva libertad es la irremediable caída en el libertinaje por parte de las mujeres obreras, quienes ahora, libres para hacerlo, se emborrachan, regresan a casa a cualquier hora de la noche, se presentan delante de los hombres sin pudor vistiendo un chingue casi transparente.

A través del contraste que el narrador-autor establece entre la situación de la mujer campesina en los tres ambientes que la novela representa, resulta claro que el camino hacia una realización más plena, en el sentido moral, de la mujer campesina lo proporciona la situación descrita en La Esmeralda. Si bien es cierto que Ambalema trae libertad a las mujeres, también es cierto que su auto afirmación las lleva al libertinaje.

### Conclusión

La novela *Manuela* de Díaz Castro representa la sociedad colombiana de mediados del siglo XIX utilizando medios literarios propios de una visión costumbrista, en la que los conceptos de tipicidad y costumbre permiten representar tanto lo individual como lo colectivo. Sin embargo, es siempre lo individual lo que prima sobre lo social, particularmente en lo que se refiere a la solución de los problemas de la mujer del campo. Pese a que Díaz Castro muestra con todo detalle la organización del trabajo, y establece claras diferencias entre un latifundismo sabanero y otro de provincia, el predominio de la visión moral del narrador-autor lo lleva a plantear un mundo ideal donde los amos son generosos, los trabajadores son felices y las mujeres tienen pudor y temor de Dios. Y al final, estas son las garantías de cualquier solución social a los problemas que la novela presenta.

### Obras Citadas

Bolívar, Simón. "Discurso de Angostura." Doctrina del Libertador. Ed. Manuel Pérez Vila. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976. 101-127.

Díaz Castro, Eugenio. Manuela. Medellín: Editorial Bedout, s.f.

Ferrater Mora, José. Diccionario de filosofía. Vol. II. Madrid: Alianza Editorial, 1979. 1014-15.

Hegel, GWF. Lecciones sobre la filosofía de la historia universal. Introducción general. Valencia: Universitat de Valencia, s.f.

Mejía, Gustavo. "Andrés Bello: Sus silvas y el proceso de formación del estado." Anuario de historia regional y de las fronteras 8 (2003): 281-306.